

El chal verde

1511

HISTORIA ICA Y DIPLOMATICA

desde la independencia
tados Unidos hasta nuestros días

(1776-1895)

POR

JERÓNIMO BECKER

, que acaba de ponerse á la venta,
amplio y fiel extracto los principales
amina con imparcialidad la historia
iala sus defectos y expone con minu-
les lo referente á las relaciones exte-
paña, siendo, por tanto, de gran inte-
ocer de un modo exacto el aspecto
de la cuestión cubana.
en 4.º, 642 páginas, 8 pesetas.

RECOPIACIÓN

DE LAS

LOS REINOS DE LAS INDIAS

undadas imprimir y publicar

POR

AD] CATOLICA [DEL REY CARLOS II

ción, corregida y aprobada por la
s del Tribunal Supremo de Justicia,
ción de la Regencia provisional del

os en folio, 50 pesetas.

FILOS ESPAÑOLES

ompleta de todos los tomos publi-
a sociedad, de que se hallan la ma-
tados.

ados 38 tomos en 4.º—Precio, 900

ay tomos sueltos.

ESCORIAL Á LA VISTA

GUÍA DESCRIPTIVA

DEL REAL

MONASTERIO, TEMPLO Y PALACIO

DE

SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

ilustrada con 20 láminas autotipias y seguida de
varias noticias curiosas para el viajero, por

Juan Noguera Camoccia

Un tomo en 8.º en cartóné.—Precio, 1 peseta.

NOVISIMO

DICCIONARIO DE LA RIMA

ordenado en presencia de los mejores publicados
hasta el día, y adicionado con un considerable
número de voces que no se encuentran en nin-
guno de ellos á pesar de hallarse consignadas en
el de la Academia, por

D. Juan Landa.

Un tomo en 4.º mayor.—Precio, 6 pesetas.

EL PRACTICÓN

Tratado completo de Cocina

AL ALCANCE DE TODOS

Y

APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

con un APÉNDICE que comprende el arte para
el mejor aprovechamiento de las sobras, las re-
glas para el servicio de una mesa y el modo de
trincar y comer los manjares, por

Angel Muro.

Décimatercia edición, ilustrada con 240 gra-
bados, y aumentada con 60 minutos de almuer-
zos y comidas para todos gustos y condiciones y
algunas fórmulas completamente nuevas.

Un tomo en 4.º de 1.040 páginas.—Precio, 5
pesetas.

EL GHAL VERDE,

COMEDIA EN UN ACTO,

ESCRITA EN FRANCÉS POR MR. ALEJANDRO DUMAS,

Y TRADUCIDA POR

D. ISIDORO GIL.

Representada por primera vez en el Teatro del Principe,
el día 1.º de Diciembre de 1852.



N.º 191.

MADRID.

IMPRESA Á CARGO DE C. GONZALEZ: CALLE DEL RUBIO NÚM. 14.
1852.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

Esta obra es propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAS.

ACTORES.

CLARA DE BEAUFORT. .	DOÑA JOSEFA PALMA.
CONRADO DE FRANCAR-	
VILLE, <i>capitan de navio.</i>	DON JULIAN ROMEA. †
PACIFICO, <i>sargento de gen-</i>	
<i>darmes.</i>	DON ANTONIO GUZMAN.
UN MOZO	DON CALISTO BOLDUN.
UNA CRIADA DE LA FON-	
DA.	DOÑA CASILDA PLÓ.

La escena es en Calais, en 1848.

ACTO ÚNICO.

Una sala de posada en Calais.—Puertas á la izquierda.
Puerta al foro, ventana á la derecha.—En primer término, á la derecha, una chimenea con espejo ; á la izquierda una mesa.

ESCENA PRIMERA.

El SARGENTO de gendarmes.—Un Mozo.

- SARG. Conque no está el amo?
MOZO. No, señor Pacífico, no está.
SARG. Pues pondrás en su noticia que nos acaban de dar una orden tocante á los fondistas.
MOZO. Y cuál?
SARG. La de prevenirles que exijan á los viajeros, sin distincion de sexos, los respectivos pasaportes... y que cuando carezcan de ellos los susodichos viajeros, den parte á la policia en el término de veinte y cuatro horas.
MOZO. Esa orden ha existido siempre, señor Pacífico.
SARG. Sí, pero no se cumplia.
MOZO. Exigir el pasaporte á los viajeros, ya lo entiendo; pero á las viajeras, no adivino por qué...

- SARG. En primer lugar, maldita la cosa importa que tú no lo adivines; pero como no es un secreto, quiero decirte que se ha cometido un crimen horrendo por una persona del sexo femenino, de edad de veinte y un años, estatura de un metro y cincuenta y nueve centímetros...
- MOZO. Quedo enterado.
- SARG. Aguarda, hombre... Ojos negros, pelo idem, color pálido; y que las autoridades andan que beben los vientos por echar mano á la tal individua.
- MOZO. Qué es lo que ha hecho?
- SARG. Ha envenenado á su marido, un baron aleman, y pretende pasar á Inglaterra para que la consuele cierto lord.
- MOZO. Pobre mujer!... y quieren prenderla por eso, por haber envenenado á un aleman?
- SARG. Zamarro! sea del pais que quiera, un marido es al fin hombre... la sociedad y la moral han sido ultrajadas, la sociedad y la moral piden venganza... Así, pues, cuidado con que se olvide pedir los pasaportes, ó vendré yo á buscarlos. Date por avisado, y hasta mas ver.
- MOZO. Con Dios, señor Pacífico. (*Váse el Sargento.*)

ESCENA II.

EL MOZO.

Habrá mayor fantasmon que el tal señor Pacífico! No se dá poca importancia con su moral y su sociedad!... Ahora pregunto yo, ¿qué les importa que esa buena mujer haya envenenado á un aleman? Si fuese un compatriota... vaya!.. pero extranjero... Hola! aquí tenemos una viajera...

ESCENA III.

EL MOZO.—CLARA DE BEAUFORT.—UNA CRIADA *de la fonda con un neceser pequeño que deja encima de la mesa.*

CLARA. *(Al salir.)* Oh! lo mismo me dá, me acomodaré en cualquier parte... no me detengo en Calais mas que una hora.

MOZO. *(A la criada.)* No importa... prepara un cuarto... que entre en él, y tendrá que pagarle. *(La criada entra en uno de los cuartos de la izquierda.)*

CLARA. *(Al mozo.)* Diga usted, mozo, podrán proporcionarme aquí carruage y caballos para proseguir mi viaje?

MOZO. Como que está usted, señora, en la casa de postas.

CLARA. Bueno... Entonces, así que haya visto al administrador de aduanas, echaré á andar... Cómo se le vé al administrador de aduanas?

MOZO. Se le vé... mirándole cuando pasa, y por aquí pasa dos veces al dia.

CLARA. Pregunto cómo se le habla.

MOZO. Toma! Cómo se le habla?... Lo mismo que á cualquiera otro... dirigiéndole la palabra... Oh! es un hombre muy llano.

CLARA. Pero, si yo no pregunto eso.

MOZO. Pues qué es lo que usted pregunta?

CLARA. Pregunto cómo se gobierna uno aquí para ver al administrador de aduanas cuando tiene alguna reclamacion que hacerle?

MOZO. En esos casos, lo mas seguro para verle, es... ir á su casa.

CLARA. Bien está. Entonces le pondré cuatro letras y me hará usted el favor de llevárselas. *(Se sienta á la mesa y escribe.)* »Señor administrador. »Muy señor mio. Ruego á usted tenga la bondad de concederme cinco minutos de audiencia, tan pronto como reciba esta carta, para »hablarle de un chal de cachemira que acaban

»de decomisarme en la aduana, y que siendo »procedente de fábrica francesa, como puedo »acreditar con la factura que en mi poder con- »servo, ha sido detenido bajo el supuesto de »que es extranjero. Queda de usted, etc.» Tome usted y llévela usted corriendo al administrador de la aduana.

MOZO. Voy al punto, señora.

CLARA. Y así que traigan la respuesta...

MOZO. Quedará en poder de usted tan pronto como venga con ella.

CLARA. Bien está. Corra usted. (*Váase el mozo.*)

ESCENA IV.

CLARA.

Un chal tan bonito, y que me gustaba tanto!... No es á los del resguardo á los que tengo mas rabia, lo confieso... porque, al fin y al cabo, ellos hacen su oficio... pero al tal caballero... Se ha portado!... Valia la pena de tropezar con un compatriota despues de dos años de destierro, para que sin motivo, sin razon, sin pretexto, me jugase semejante partida... Estoy furiosa! El caso es que el mismo sujeto me tenia fastidiada, porque ha venido hecho un moscon á mi lado toda la travesia; pero nunca hubiera podido figurarme que un hombre de educacion, porque al fin y al cabo tenia trazas de persona fina... fuese capaz de tal fechoria... Quisiera saber qué se ha hecho!... No, bien puede decir que me ha dejado memoria suya.

ESCENA V.

CLARA.—CONRADO.

CONRAD. ¿Seré yo acaso, señora, el venturoso mortal de quien usted dice eso?

CLARA. Cómo! es usted?

CONRAD. Sí, por Dios, señora, yo soy...

CLARA. Confieso que no esperaba tener el gusto...

CONRAD. Es de veras, gusto, señora?

CLARA. Oh! será lo que usted quiera, no se pare usted en palabras...

CONRAD. Sea lo que fuere, no estrañe usted que me felicite por la casualidad que me trae á la misma fonda donde usted se halla.

CLARA. Es de veras casualidad, caballero?

CONRAD. Será lo que usted quiera, señora, no se pare usted en palabras.

CLARA. Como soy que estoy admirada de la sangre fria de usted.

CONRAD. Es la primera virtud de mi profesion... Creo haber dicho á usted que soy marino.

CLARA. Es posible... no me acuerdo de lo que usted me ha dicho.

CONRAD. Pues es cierto... creo habérselo dicho á usted cuando empezaba á marcarse, y cuando por mi calidad de marino, es decir de hombre á quien semejante molestia es desconocida, juzgué que debía ofrecer á usted mis servicios... escoji mal momento.

CLARA. Nada de eso... no ha sido porque escojiese usted mal momento por lo que se me he olvidado... sino porque no estoy de humor de acordarme.

CONRAD. Dispénseme usted; el recuerdo es un acto de nuestro cerebro, perfectamente independiente de nuestra voluntad, y si usted debe acordarse de mí, por mas que todas las voluntades del mundo se empeñen... es, como he dicho á usted, asunto de su cerebro, ínterin, como espero, lo es de su corazon.

CRUADA. (*Saliendo.*) Señora, cuando usted guste; ya está el cuarto corriente.

CLARA. (*A la criada.*) Bien... (*A Conrado.*) De mi corazon... creo que ha hablado usted de mi corazon?

CONRAD. Sí, sí señora.

CLARA. Y á propósito de qué?

CONRAD. A propósito de que todo el mundo tiene corazon... es uno de los órganos necesarios para la

vida... y habiendo hablado de su cabeza, sin que usted se haya escandalizado, he creído que podía hablar también de su corazón... Si he sido indiscreto ruego á usted que me dispense; desde este momento me pongo á sus piés, y me retiro. (*Hace que se vá.*)

CLARA. Perdone usted, perdone usted, señor mio... pero me he sorprendido de oírle hablar de mi corazón... porque me parecía que debía usted tener que hablarme de otra cosa.

CONRAD. Yo, señora! y de qué?

CLARA. De qué? de mi chal!

CONRAD. Ah!... es verdad... como usted no hablaba de ello, he temido ser indiscreto trayendo á su memoria un recuerdo desagradable.

CLARA. Oh! muy desagradable, se lo aseguro á usted.

CONRAD. Señora, siento en el alma que una broma de viaje...

CLARA. Cómo!... hace usted que me decomisen un magnífico chal de cachemira, y llama usted á eso broma? Yo soy menos indulgente que usted, y lo califico de traición indigna.

CONRAD. Señora, la calificación es algo dura.

CLARA. Sí, señor... indigna... indigna... por no decir otra cosa.

CONRAD. Ah! señora! un juez sería menos severo que usted... él me condenaría á prisión perpétua, pero me perdonaría la vida...

CLARA. Sí, sí, véngase usted ahora con frases; la ocasión es propicia.

CONRAD. Usted me acusa... yo me disculpo como puedo.

CLARA. Disculparse!... Quisiera saber qué disculpa encuentra usted á su conducta. Viéndome inquieta por mi chal, me hace usted creer que aunque comprado en Francia no me le dejarán volver á entrar en la aduana, y que por lo tanto no debía declarar que le llevaba.

CONRAD. Sí señora.

CLARA. En lo cual me decía usted una mentira.

CONRAD. Sí señora.

CLARA. A renglón seguido me indica usted un medio para sustraerle del registro.

CONRAD. Convengo en ello.

CLARA. Adopto el medio que usted me propone, surte el efecto deseado, y ya creia haber escapado sana y salva con mi chal...

CONRAD. Verdad es.

CLARA. Cuando usted, sin saber por qué se acerca al oficial de carabineros y me delata.

CONRAD. No puedo negarlo.

CLARA. Y bien, caballero...

CONRAD. Y bien, señora?

CLARA. Me hará usted el favor de responder á mi pregunta?

CONRAD. Qué pregunta, señora?

CLARA. Por qué me ha delatado usted y ha sido causa de que me quiten el chal?

CONRAD. No hay cosa mas sencilla.

CLARA. Vamos á ver.

CONRAD. En primer lugar el tegido del dichoso chal era bien pobre cosa; no era de cachemira, como usted cree.

CLARA. Se engaña usted mucho; era Thibet legitimo.

CONRAD. Bien; pero de un dibujo vulgar.

CLARA. No le habia igual en los almacenes de París; le habia hecho traer por la casa de Brousse, y era el único de ese dibujo que se habia recibido de Bengala.

CONRAD. Y luego... fondo negro!

CLARA. Ah!

CONRAD. Qué quiere usted señora!... yo tengo horror á lo negro... es un color tan tétrico... tan lúgubre... ó por mejor decir es la negacion del color, y por lo tanto no dice nada.

CLARA. Doy á usted gracias, caballero, á nombre de mis ojos por los piropos que me está echando.

CONRAD. Cómo! tiene usted los ojos negros?

CLARA. Friolera! mírelos usted.

CONRAD. Ah!... es que lo que yo digo no reza con los ojos... al contrario, en cuanto á ojos estoy por los negros... son los mas expresivos.

CLARA. Pues y aquello de la negacion del color?

CONRAD. No hay regla sin escepcion, señora.

CLARA. Pero no nos separemos de la conversacion de mi chal; usted ni siquiera le ha visto bien: dice usted que es negro, y es verde.

- CONRAD. Es verde!... Podrá ser tambien... y una vez que para obtener mi perdon...
- CLARA. Cómo perdon!... Y quién le ha dicho á usted que voy á perdonarle, sea la que quiera la razon que usted me dé.
- CONRAD. Entonces, señora, si está usted resuelta á no perdonarme, es inútil que me rompa la cabeza....
- CLARA. En fin, prosiga usted, porque tengo curiosidad de saber...
- CONRAD. (*Mirando en torno suyo.*) Chiton!
- CLARA. Puede usted hablar sin miedo, nadie nos escucha.
- CONRAD. En ese caso, voy á franquearme con usted...
- CLARA. Cómo!
- CONRAD. Sí, señora, tengo que hacer á usted una confesion.
- CLARA. Cuál?
- CONRAD. La de que yo traia conmigo desde Inglaterra, por valor de quinientos mil francos en chales de cachemira... y á favor de esa delacion, porque ya no hay para qué atenuar los hechos... ha sido una delacion, logré engañar á los del resguardo, captándome su confianza...
- CLARA. ¡Y...
- CONRAD. Y he conseguido entrar mis chales en Francia, librándolos de las uñas de los aduaneros.
- CLARA. Qué oigo! Con que ha sido ese el objeto que usted se ha llevado al delatarme?...
- CONRAD. Usted ha querido saber la verdad, señora; ya la sabe usted.
- CLARA. Es decir, segun eso, que usted es?...
- CONRAD. Qué?
- CLARA. Un contrabandista.
- CONRAD. Oh! sí, señora...
- CLARA. Y lo confiesa usted con esa impavidez...
- CONRAD. Sí, señora... por qué no?... á usted, se entien-de... á los de la aduana, ya me guardaria bien.
- CLARA. Y sin respeto por la distancia que separa á un contrabandista...
- CONRAD. Cómo! señora, una persona de talento como usted participa de esas preocupaciones vulgares?....

CLARA. No que no!

CONRAD. En este mundo, los unos mas, los otros menos, todos hacemos el contrabando.

CLARA. Oh! eso de todos...

CONRAD. Sí por cierto... y si no, atrévase usted á negarme que se puede ser mujer graciosa, espiritual, encantadora, aristocrática y... hacer por pasar un chal de cachemira fraudulentamente...

CLARA. Siendo así, se me ocurre una idea muy sencilla.

CONRAD. Diga usted.

CLARA. Si es usted de veras contrabandista...

CONRAD. Ay! señora, de qué serviría negarlo; ya se lo he dicho á usted.

CLARA. Si mereed al ardid de que usted se ha valido... ya ve usted que no puedo emplear términos mas suaves.

CONRAD. Doy á usted gracias por esa delicadeza.

CLARA. Sí, gracias á ese ardid, ha entrado usted por valor de quinientos mil francos en chales de la India...

CONRAD. De los mas finos del Thibet, señora.

CLARA. En ese caso, espero que usted no se negará á que yo me resarza de la pérdida de mi chal, y que me hará usted una buena rebaja...

CONRAD. Cómo qué! esa ha sido desde luego mi intencion... y si tiene usted la bondad de darme las señas de su casa en Paris, me proporcionará el placer de que pueda poner á su disposicion un surtido de cachemiras del mejor gusto y calidad.

CLARA. Desgraciadamente, yo no voy á Paris, caballero.

CONRAD. Eso no importa, á donde quiera que usted vaya, allí iré yo con mis chales.

CLARA. Hagamos si no otra cosa.

CONRAD. Lo que usted guste.

CLARA. Usted no se habrá descuidado en hacer entrar los géneros que traia?

CONRAD. Ya deben estar á buen recaudo.

CLARA. Enséñeme usted los chales y yo haré la eleccion en el acto.

CONRAD. Con mil amores... nada mas justo, y voy á dar

ahora mismo órden...

CLARA. No, no hay necesidad de que usted se moleste... aquí viene precisamente el criado de la fonda, que me trae la contestacion á una carta que he escrito al administrador de la aduana.

CONRAD. Oh! no le habrá encontrado; no está en la ciudad.

CLARA. Lo sabe usted de seguro?

CONRAD. Sí, señora; acaban de decirme que se ha ido al campo.

ESCENA VI.

Dichos.—El Mozo.

CLARA. (*Al mozo.*) Trae usted la respuesta?

MOZO. No señora; el administrador de aduanas ha ido de caza, y he tenido que volverme con la carta.

CLARA. (*A Conrado.*) Veo que estaba usted bien enterado.

MOZO. Tiene usted algo mas que mandar, señora?

CLARA. Sí... que haga usted traer aquí el equipage de este caballero.

MOZO. El equipage del señor?

CLARA. Sí.

MOZO. Es decir, el maletín y el loro de este caballero?

CLARA. Cómo!

MOZO. Es el único equipage que ha traído.

CONRAD. No ha venido aun ni dependiente?

MOZO. El dependiente!... ah! sí señor, un criado de usted ha traído el loro y el maletín.... Ha preguntado por el capitán Francarville, le han enseñado el cuarto de usted, en el cual ha entrado segun las órdenes que tenía.

CLARA. Bien está, bien está; puede usted retirarse.

MOZO. Perdone usted, señora... necesitaba antes que usted tuviera la bondad de darme su pasaporte.

CLARA. Bueno... suba usted por él dentro de un instante; voy á buscarle y se lo entregaré á usted.

MOZO. Si este caballero tambien me hiciera el favor...

CONRAD. Aquí le tienes...

MOZO. Corriente... ustedes me disimularán... tenemos unas órdenes tan severas...

CONRAD. Bien, bien... déjanos en paz.

ESCENA VII.

CONRADO.—CLARA.

CLARA. Y ahora, caballero!

CONRAD. Señora.

CLARA. Usted es Mr. de Francarville?

CONRAD. Sí, señora.

CLARA. Capitan...

CONRAD. De navio en la marina francesa.

CLARA. Tiene usted ya preparado algun otro subterfugio?

CONRAD. *(Yendo á coger su sombrero.)* Por vida mia que no... he agotado todos los recursos de mi imaginacion... Ruego á usted por lo tanto, que si quiere alguna esplicacion de mi conducta, busque el motivo mas plausible... y sobre todo el mas probable...

CLARA. Con mil amores. No se necesita un gran esfuerzo de ingenio para eso.

CONRAD. Veamos cómo.

CLARA. Usted ha dicho para sí: Aquí hay una mujer que no es del todo fea... que tiene buen aire, y que no parece tonta... sin embargo de lo cual, al ver al señor capitan Francarville, no ha manifestado hacerle gran caso! No hay mas que inventar una fábula, á favor de la cual adquiriera yo la facilidad de saber donde vive... el derecho de obligarla á aceptar una restitution.... de esta suerte lograré ponerme en contacto con ella... y tal vez á fuerza de verme y tratarme acabará por mirarme de mejor manera.

CONRAD. Pues bien, señora, aun suponiendo eso, usted convendrá conmigo, que ese plan revela un hombre verdaderamente enamorado.

CLARA. Enamorado!... Usted está enamorado de mí?

CONRAD. Hasta rayar en locura, señora.

- CLARA. Entonces, no ha podido dirigirse peor, porque yo le detesto á usted.
- CONRAD. De veras?... Oh! gracias, no sabe usted cuanto se lo agradezco.
- CLARA. Me agradece usted que le deteste?
- CONRAD. Sin duda... escede usted mis esperanzas... yo no tenia más que un temor, el de serla á usted indiferente... ya estoy tranquilo... usted me detesta!... Logre yo la ocasion de que usted tome una buena rabieta por mí, y me cobrará usted un verdadero aborrecimiento..... ahora bien, usted sabe, señora, que del odio al amor no hay mas que un paso.
- CLARA. Oh! ese es un refran añejo...
- CONRAD. Razon en mi abono, señora... Si no fuese exacto, el tiempo le hubiera ya desacreditado. Con que, es cosa resuelta, usted me detesta.....
- CLARA. Diré á usted...
- CONRAD. Oh! no hay que volver á la cuenta... usted me aborrece y yo la adoro... la situacion está perfectamente despejada.
- CLARA. No tanto como usted cree, porque usted sabe por qué le aborrezco, y yo ignoro porque me ama.
- CONRAD. Por qué amo á usted, señora?... pues no hay cosa mas sencilla... porque al verla me ha parecido usted bonita... porque al hablarla me ha parecido usted discreta... porque al juzgarla, me ha parecido usted buena.
- CLARA. Y se ha prendado usted de mí, así, sin mas ni mas, en dos horas escasas, de Douwres á Calais?
- CONRAD. Oh! no, señora... no, no, no... mi amor no cuenta dos horas.... tiene fecha mas larga.... cuenta dos dias.
- CLARA. Ah! de veras... perdone usted entonces... esa es una fecha respetable. (*Va á sentarse en un sillón que está junto á la chimenea.*)
- CONRAD. Yo la ví á usted en Drury-Lane... Al salir encargué á mi cochero, que siguiera al carruaje en que usted iba, y así averigué que usted vivia en la fonda del Támesis... En la fonda inquirí que era usted libre, independiente... adi-

viné que usted era la mujer que el cielo me destinaba.

CLARA. Hola! Conque ha adivinado usted eso?

CONRAD. Sí, señora; yo tengo la fortuna de estar dotado en ciertas ocasiones de segunda vista.

CLARA. Le felicito á usted por ello.

CONRAD. Salí ayer de Londres al mismo tiempo que usted decidido á seguirla hasta el fin del mundo.

CLARA. Espero en Dios no tener que llevarle á usted tan lejos.

CONRAD. Mejor!... porque es viaje que he hecho muchas veces.

CLARA. Caballero, todo esto prueba mucho en abono de la agudeza de usted. Pero ahora, (*Tira de la campanilla.*) que como usted ha dicho poco há, la situación está despejada, solo me resta hacer á usted una súplica... y es la de que se ocupe durante mi ausencia de la restitucion de mi chal; y si llega á obtenerla, le deposite aqui en la fonda del correo, de donde yo dispondré que le recojan. (*Al mozo que sale.*) Me dijo usted antes que podia contar cuando quisiera con un coche y caballos?

ESCENA VIII.

Dichos.—EL MOZO.

MOZO. Sí señora.

CLARA. Pues mande usted que los dispongan al punto. Corra usted. Quiero marcharme dentro de diez minutos. (*A Conrado.*) Caballero, beso á usted la mano. (*Vase.*)

ESCENA IX.

CONRADO.—EL MOZO.

CONRAD. Sí, eh?... Conque beso á usted la mano? Cree usted que no hay mas que marcharse así, señora? Ahora lo veremos. Mozo!

MOZO. Señor?

- CONRAD. Cuantos caballos tienes en la caballeriza?
MOZO. Cuatro.
CONRAD. No tienes ninguno mas?
MOZO. No señor, y aun esos cuatro sobran, porque con los caminos de hierro...
CONRAD. Pues anda corriendo y engánchalos al carruage que quiere esa señora.
MOZO. Pero es que ella los tiene apalabrados.
CONRAD. Y yo te los pago; te los pago cuatro veces mas de lo que valen... de modo, que con diez luises que te pongo en la mano, puedes abonar el viaje de ida y vuelta y aun te quedan ocho luises para tí. Mi criado se irá dentro del coche. Dale estas cuatro letras de mi parte.
MOZO. Oh! Eso ya es diferente.
CONRAD. Ea, anda corriendo.
MOZO. Es que queria preguntar antes á esa señora...
CONRAD. Aquí viene. (*Empujándole.*) Despacha, mas-tuerzo. (*Vase el mozo.*)

ESCENA X.

CLARA.—CONRADO.

- CLARA. (*Dirigiéndose á buscar una cosa en la mesa.*) Pero dónde habré puesto el tal pasaporte?... Qué habré hecho de él? (*Viendo á Conrado.*) Ah! aun está usted aquí?
CONRAD. Ya lo vé usted... y ha sido sin duda una inspiracion la que me ha detenido, porque no pensaba volver á ver á usted.
CLARA. (*Atravesando y dirigiéndose á la chimenea.*) Oh! es pura casualidad si me vuelve usted á ver... ando buscando mi pasaporte; temo que me lo he dejado en Douwres. (*Le busca en su neceser.*)
CONRAD. Conque en fin, señora, está usted decidida á marcharse?
CLARA. Enteramente decidida.
CONRAD. Sin que basten á detenerla ni súplicas ni ruegos?

- CLARA. Ni súplicas ni ruegos.
- CONRAD. Es decir que sigue el aborrecimiento?
- CLARA. Mire usted, no por cierto. He reflexionado que al fin y al cabo yo no tengo mas motivo de queja hácia usted que esa historia del chal... y á la verdad, pensando en ello seriamente, es como usted ha dicho, una broma, por la cual le perdono.
- CONRAD. Y se marcha usted?
- CLARA. Así que el carruage y los caballos estén prontos. Ya me parece que oigo... No.
- CONRAD. Pues entonces, señora, tenga usted la bondad de concederme cinco minutos...
- CLARA. Y qué sacará usted con eso?
- CONRAD. Quién sabe?... Antes de anoche hacian en el teatro la ópera de Romeo, y ya vió usted que Romeo no necesitó mas que cinco minutos para hacerse amar de Julieta.
- CLARA. Es verdad... pero Romeo no era marino.
- CONRAD. Tiene usted, por ventura, prevencion contra los marinos?
- CLARA. Ni mas ni menos que la que tengo contra los hombres que juran, fuman y...
- CONRAD. Yo, señora, no solamente no fumo, sino que no puedo sufrir el olor del tabaco... á tal punto, que á bordo he prohibido que nadie fume. En cuanto á jurar, creo que desde que tuve la dicha de entrar por primera vez en conversacion con usted, he sabido disimular bastante bien esa costumbre, para que sin esfuerzo crea usted que no está muy arraigada en mí.
- CLARA. Pero y á propósito de qué me cuenta eso!
- CONRAD. Usted dijo hace poco que me detestaba... y ahora acaba usted de confesar que ya no me aborrece... Pienso que es llegado el momento de que yo empieze á hacerme querer.
- CLARA. Bobada! Yo no podria nunca fijar mi cariño en un hombre que por deber tendria que dejarme sola ocho ó diez meses al año, para irse al Senegal ó al Brasil. Pero en verdad que gastan una cachaza para preparar el tal carruage.
- CONRAD. Ese inconveniente, señora, tampoco le tiene usted conmigo... Yo era afecto al gobierno caído,
- :

y he enviado desde Lóndres mi dimision al ministro de Marina.

CLARA. Ah!

CONRAD. Ya vé usted que entro en el número de los marineros sedentarios; y si esta situacion puede servir en mi abono, si cincuenta mil francos de renta, una casa magnífica en París, y otra de recreo en Buenavista, un palco en el teatro italiano...

CLARA. Perdone usted si interrumpo esa seductora enumeracion... Tengo empeñadas palabra y mano.

CONRAD. Eso es otra cosa. Y ¿viene usted desde Nueva-York para...

CLARA. Vengo desde Nueva-York á casarme con un hombre que me ama y que me está esperando.

CONRAD. Bien; pero permita usted, señora, que la diga que eso no prueba nada.

CLARA. Cómo que no prueba nada!

CONRAD. No... Yo salí de París para ir á casarme en Nueva Orleans con una mujer que me adoraba y que me estaba esperando.

CLARA. Y bien!

CONRAD. Y bien, adorándome y esperándome se casó con otro.

CLARA. Veo con gusto que usted ha sobrellevado esa desgracia con una filosofía admirable.

CONRAD. Y qué habia de hacer? No me quedaba mas que uno de dos partidos; ó tirarme de cabeza al mar ó consolarme. Tirarme al mar hubiera sido completamente inútil, porque sé nadar... Tomé el partido de consolarme.

CLARA. Confieso que es usted el hombre mas singular que he conocido... y dé usted gracias á que ya oigo el ruido de los caballos, porque de no ser así, solo por la curiosidad de estudiar hasta el fin un fenómeno tan estupendo...

CONRAD. Se-hubiera usted quedado?

CLARA. Creo que sí.

CONRAD. Pues entonces, señora, se le vá á cumplir á usted ese gusto!

CLARA. Qué dice usted!

CONRAD. Que no son caballos que llegan, sino caballos que se van, esos que usted ha oido.

CLARA. Cómico! mis caballos tal vez?...

CONRAD. Y su coche de usted, sí señora. Yo suplico á usted que me perdone; ignoraba el sagrado motivo que la traía á Francia... no veía en ese deseo de rápida locomoción, sino el afán de alejarse de mí... yo sentía un afán enteramente contrario y...

CLARA. Y... acabe usted... qué ha hecho?

CONRAD. He mandado enganchar los cuatro únicos caballos que había en la caballeriza, al solo y único carruaje que había en la fonda, y he enviado á mi criado á comprar ostras á Bolonia.

CLARA. A comprar ostras á Bolonia!

CONRAD. Sí señora; dicen que son mucho mas frescas que las de Calais.

CLARA. Oh! esto ya pasa de raya!... es una cosa inaudita!...

CONRAD. Ruego á usted que se haga el cargo de que yo ignoraba absolutamente el motivo...

CLARA. Sí por cierto; semejante conducta!... usted está abusando de mi debilidad, de mi aislamiento... Es indigno! detestable!

CONRAD. Señora!

CLARA. No se me acerque usted, no quiero hablar con usted.

CONRAD. Permítame usted; despues de todo, no puede resultar mas perjuicio que el de un retardo de algunas horas. Ya no puede usted marchar esta noche, pero se marchará usted mañana temprano, y asunto concluido... mañana temprano.

CLARA. Y sabe usted por ventura si ese retraso no será causa de que mi corazón experimente un desengaño cruel, si no destruirá una esperanza, un proyecto, una alegría que yo acariciaba en mi mente hace largo tiempo?...

CONRAD. Sería posible!

CLARA. Sabe usted que ese hombre con quien estoy comprometida, y con el cual deseo unirme, hace dos años que vive y me espera consumiéndose?

CONRAD. Hace dos años, señora!

CLARA. Hablaba usted de amor... Ah! ese sí que es un cariño digno de correspondencia, digno de gra-

titud, digno de toda la abnegacion de una mujer... Si señor, desde hace dos años, desde el dia en que exigencias de familia me obligaron á casarme con un anciano que me llevó al estremo de América, ese jóven, que me amaba desde la niñez, se condenó al aislamiento, al tédio, á una vida oscura y retirada: »Vá usted á partir, me dijo, yo me marchó tambien, me destierro de un mundo en que ya no veré á usted; voy á sepultarme en la soledad hasta el dia en que pueda usted venir á decirme: soy libre; heme aquí.»

CONRAD. La dijo á usted eso, y lo ha cumplido?

CLARA. Si señor, y agregue usted que no tenía ni aun el consuelo de escribirme... porque yo se lo habia prohibido...

CONRAD. Señora, tiene usted razon... ámele usted... cásese usted con él... ese mozo vale mas que yo... Yo me hubiera quitado la vida ó la hubiera á usted seguido; pero de fijo, no me hubiera sepultado dos años en un destierro.

CLARA. Sí señor, me caso con él; sí señor, le amo, lo entiende usted... me despreciaría á mí misma si no le amase... y yo queria darme la satisfaccion, el júbilo de cogerle esta noche de sorpresa en medio de sus parientes y deudos reunidos con motivo de sus dias.

CONRAD. Ah!

CLARA. Porque hoy es su santo!... Gozaba de antemano de su asombro, de su alegría, cuando me viera aparecer inesperadamente y acercarme á él diciéndole: »Yo tambien, amigo mio, le vengo á felicitar á usted por sus dias, y le traigo mi ofrenda... hé aquí mi mano, mi corazon, disponga usted de ellos...—Y usted, caballero, sin ninguna clase de miramientos, sin consideracion...

CONRAD. Señora...

CLARA. Ah! apártese usted, quítese usted de mi vista... no se vuelva usted á presentar delante de mí... se lo pido á usted por compasion.

CONRAD. Señora, señora, perdon para un desventurado... Si yo hubiera sabido... si hubiera podido ima-

ginar... Oh! mire usted, esas lágrimas que he visto brillar en sus ojos, y que yo desearía rescatar á precio de mi sangre, es el mas cruel castigo que podia usted imponerme... pero tranquilícese usted, consuéllese, habrá caballos, habrá carruages en la ciudad... aun cuando tuviese que comprarlos, aun cuando tuviera que apoderarme de ellos á viva fuerza... aun cuando fuera preciso poner fuego á Calais... usted se marchará... yo se lo prometo, se lo juro... se marchará usted aunque tenga que llevarla yo mismo á la Daumont. (*Vase.*)

ESCENA XI.

CLARA.

Vamos, como no salga luego con alguna otra gracia... pero no, parecia estar verdaderamente conmovido; su arrepentimiento era sincero. Es, á no dudar, mejor de lo que yo creia. (*Mira al reló.*) Las ocho!... Dios mio! ya hace dos horas que estoy aquí... parece increíble cómo se pasa el tiempo... verdad es que cuando se disputa... (*Viendo entrar al mozo con luces.*) Ah! oiga usted.

ESCENA XII.

CLARA.—*El Mozo.*

MOZO. Buenas noches, señora... ha encontrado usted por fin su pasaporte?

CLARA. No... ignoro lo que he hecho de él... Pero contésteme usted á esto que es mas importante.

MOZO. El qué, señora?

CLARA. Mr. de Francarville ha salido en busca de un carruaje y caballos... Si por casualidad no los encontrase, habria medio de enviar de aquí un postillon al castillo de la Bassée?

- MOZO. Oh! señora, usted no piensa que de aquí á ese castillo hay diez y ocho leguas.
- CLARA. Bien, quiere decir, que yendo en posta, es negocio de cinco á seis horas, todo lo mas...
- MOZO. Sí.
- CLARA. Y que dando diez luises al que se obligue á correr esas leguas...
- MOZO. Cáspita! Yo lo creo... la señora paga tan bien como el caballero... voy á buscar quien se encargue de eso.
- CLARA. Gracias. (*Se dispone á escribir.*) Pobre Ernesto! al menos recibirá mi carta.
- MOZO. Aquí viene el señor capitán.
- CLARA. Ah! (*A Conrado.*) Qué tenemos?

ESCENA XIII.

CLARA.—CONRADO.—EL MOZO.

- CONRAD. (*Con tristeza.*) Tenemos, señora, que dentro de cinco minutos estará á la puerta de la fonda un carruage y dos caballos, con los cuales podrá usted llegar á la primera posta; y usted será dichosa, mientras yo pasaré mi vida suspirando por la ventura que he perdido.
- MOZO. (*Aparte.*) Y yo por mis diez luises!
- CLARA. (*Dándole la mano.*) Gracias; se ha conducido usted, como cumple á un caballero. Si la casualidad hiciese que nos encontrásemos de nuevo en alguna parte, tenga usted por cierto que volveré á verle con sumo gusto.
- MOZO. Entonces, señora, ya no habrá necesidad de enviar el posta al castillo de la Bassée?
- CLARA. Ninguna, desisto de ello... pero para que no lo pierda usted todo, tenga usted. (*Le da un bolsillo.*)
- MOZO. Muchas gracias. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

CLARA.—CONRADO.

CONRAD. Permítame usted, señora... acaba usted de pronunciar, ó por mejor decir, el mozo acaba de nombrar el castillo de la Bassée... Es por ventura á ese castillo á dónde usted se dirige?

CLARA. Sí... por qué?... Conoce á alguno por aquellas cercanías?

CONRAD. Conozco nada menos que al dueño del castillo.

CLARA. Ernesto de Montiel?...

CONRAD. Ernesto de Montiel... justamente... primo mio.

CLARA. Primo de usted!... Cómo es eso?

CONRAD. Cómo es que Ernesto de Montiel es primo mio?

CLARA. Pues! eso pregunto.

CONRAD. Ay! Dios eterno!

CLARA. Qué?

CONRAD. Una idea...

CLARA. Cuál?

CONRAD. Extraña, fantástica, sobrenatural; y no obstante...

CLARA. Y bien?

CONRAD. Y no obstante... esa historia que usted acaba de contarme...

CLARA. Acabe usted...

CONRAD. Él debe ser, no puede ser sino él...

CLARA. Y bueno, aun cuando fuese él...

CONRAD. Será cierto... Ah! señora, señora...

CLARA. Caballero?...

CONRAD. Armese usted de todo su valor, de toda su resignacion...

CLARA. Usted me aterra... Acaso Ernesto?...

CONRAD. Sí, señora.

CLARA. Está enfermo?

CONRAD. No, señora.

CLARA. Cielos!... Muerto?

CONRAD. Peor que eso.

CLARA. Pero por Dios, qué es ello?

CONRAD. Que es mi primo, señora.

CLARA. Bien... ya lo sé... ya me lo ha dicho usted...

CONRAD. Es mi primo, porque...

CLARA. Por qué?...

CONRAD. Porque está casado con mi prima.

CLARA. Casado!!!

CONRAD. Todo lo casado que puede estar un hombre.

CLARA. Es imposible!

CONRAD. Ay! señora, nadie puede dar fé de ello mejor que yo, porque he sido el que hizo ese casamiento, el que los condujo al altar...

CLARA. Usted!...

CONRAD. El buen Ernesto la cumplió á usted su palabra en efecto... y vino á sepultarse en sus tierras de la Bassée... pero al cabo de un año, señora, se puso tan flaco, tan amarillo, que daba lástima; de fijo se muere si no es por mí, amigo y vecino suyo, que movido de compasión, y conociendo que sus males no tenían sino un remedio posible, decidí á mi madre á que enviase ese remedio á la quinta de Francarville, en la persona de su sobrina Diana de Valmont; y tan buen efecto surtió, señora, que el pobre mozo se fué consolando poco á poco; al punto que hace diez meses, es el marido mas amartelado, y hace quince días el padre mas venturoso que hay en el mundo...

CLARA. Repito á usted, caballero, que todas esas cosas que está ahí diciendo, son imposibles...

CONRAD. Usted conoce su letra?

CLARA. Sí.

CONRAD. Aquí tiene usted una carta, que me aguardaba en Londres, y en la cual me comunica que su mujer ha tenido un parto muy feliz.

CLARA. (*Rechazando la carta con indignacion.*) Oh! quite usted!

CONRAD. Y me ruega que apresure mi regreso, para que sea padrino de su hijo... Desdichado de mí! quiere usted que se lo diga todo? Pues como verla á usted y adorarla ha sido obra de un momento, me habia lisonjeado con la idea de que podría usted llegar á ser la madrina.

CLARA. Y fué usted, segun ha dicho, el que hizo ese casamiento?

CONRAD. De lo cual me arrepiento ahora con toda since-

ridad... Juro á usted, señora, que si yo hubiera podido figurarme que usted tenia el menor interés en que Ernesto estuviese soltero, le hubiera levantado la tapa de los sesos, primero que permitir que faltase á su palabra.

CLARA. No sé porque así que le ví á usted por primera vez, adiviné que debia serme funesto; pero nunca prevé que mi antipatía fuese tan fundada.

CONRAD. Señora...

CLARA. Voy á echarme una manteleta de viaje y á huir de aquí corriendo, en caso de que usted quiera dejarme los caballos y el carruage.

CONRAD. Estan, señora, á la disposicion de usted enteramente... Feliz yo que en medio de mi desgracia puedo hacer á usted ese postrer obsequio.

CLARA. Muy bien!... pero me queda aun un favor que pedir á usted.

CONRAD. Un favor?

CLARA. Sí, el de suplicarle que no se me ponga donde yo le vea al tiempo de marchar, porque es muy posible que me suceda alguna otra desgracia.
(*Entra en su cuarto.*)

ESCENA XV.

CONRADO.

Ah!... Pues señor, ahora sí que no hay remedio... es una despedida en regla... tonto de mí, que me meto á buscar carruage!... Si hubiera sabido antes lo que ahora sé, á buen seguro que la hubiera facilitado yo mismo los medios de huir de mí.

ESCENA XVI

CONRADO.—EL SARGENTO.

SARG. (*Al mozo que está dentro.*) Te digo que si esa señora no trae pasaporte, por mas señora que sea, no la dejo partir.

- CONRAD. Qué oigo! (*Volviéndose.*) Qué es eso? Qué decia usted, sargento?
- SARG. Ah! Es usted, mi comandante?
- CONRAD. Piensa usted impedir que prosiga su viaje esa señora?... Seria usted muy capaz de ello.
- SARG. Que quiere usted... Hay que obedecer la consigna... Y á menós que usted no conozca á esa señora...
- CONRAD. Que si la conozco?... sí por cierto... es decir, hasta donde se puede conocer á una mujer.
- SARG. Entonces está claro, que si usted responde de ella, la cosa cambia de aspecto.
- CONRAD. Poco á poco, diablo!... Yo no respondo de nadie mas que de mí... y aun es mucho.
- SARG. Pues siendo así, vuelvo á mis trece: si esa señora no tiene pasaporte, esa señora no se marchará.
- CONRAD. Qué famoso es el buen sargento Pacífico!... inflexible como el destino.
- SARG. El destino es la consigna.
- CONRAD. (*Dándole en el hombro.*) A buen seguro que se deje él seducir, ni por el encanto de unos hermosos ojos...
- SARG. Los ojos hermosos me traen sin cuidado.
- CONRAD. Ni por el atractivo de un bolsillo bien repleto...
- SARG. Cuando me ofrecen un bolsillo, echo mano al momento...
- CONRAD. Al dinero?
- SARG. Al dinero en primer lugar... y al individuo en seguida.
- CONRAD. Sargento, es usted la honra y prez de la gendarmería francesa... de esa admirable institucion, que sabe hermanar la galantería y la finura, con el rigor de la disciplina.
- SARG. Ah! Comandante, usted me aturrulla... Verdad es que en cuanto á finura, aquí está un hombre...
- CONRAD. Así me gusta. (*Al mozo que entra.*) Muchacho, me despedirás de esa señora, y la dirás de mi parte, que me voy con el pesar de haber incurrido en su desgracia...
- MOZO. Sí señor... se lo diré; y al criado de usted, cuando venga con las ostras?

CONRAD. Que se las coma... lo primero, y despues que se vaya á buscarme á mi casa de la calle Frouchert, en París. (*Vase.*)

MOZO. Muy bien, señor, nos las comeremos.

ESCENA XVII.

CLARA.—EL SARGENTO.—EL MOZO.

CLARA. No está... qué veo!... un gendarme!

MOZO. No se asuste usted, señora, es el sargento Pacifico que quiere ver sin remedio el pasaporte.

SARG. (*Llevándose la mano al tricornio.*) Salud, señora... perdone usted si la molesto.

CLARA. Dios mio, es el caso que el pasaporte le traia mi doncella, la cual se ha quedado enferma en Douwres.

MOZO. Entonces voy á despachar el carruage.

SARG. Está prohibido circular sin el documento del gobierno...

CLARA. Pero por un olvido...

SARG. A no ser que la señora conozca en Calais alguna persona que responda por ella...

CLARA. Yo no conozco aquí mas que al capitán Francarville.

SARG. Aguarde usted... (*Sacando un papel del bolsillo.*) Edad veinte y un años, estatura un metro y cincuenta y nueve centímetros... eso es... ojos negros... pelo negro... eso es... color pálido.

CLARA. Esas son mis señas...

SARG. Pues!... usted misma lo confiesa.

MOZO. Oh! lo confiesa.

CLARA. No tal, yo no confieso nada... me sorprende la semejanza...

SARG. Sí, lo mismo dicen todos...

CLARA. Pero...

SARG. Una vez que no conoce usted á nadie en Calais, me veo, señora, en la precision de cumplir con mi deber...

CLARA. Dios mio! qué deber?

SARG. El de llevarla á usted ante la autoridad...

- CLARA. Oh! imposible. (*Al mozo.*) Joven, hágame usted el favor de llamar corriendo al capitán Francarville.
- MOZO. (*Que se habia arrellanado en un sillón.*) El capitán se ha marchado, señora...
- CLARA. Marchado?... ha salido, querrá usted decir.
- MOZO. No, no... marchado.
- CLARA. Pero á dónde?
- MOZO. A París.
- CLARA. Dios de bondad!
- MOZO. Ha dejado dicho que su criado vaya á su casa de París, calle de Fronchet.
- CLARA. Oh! por favor, corra usted, corra usted... tal vez aun sea tiempo de alcanzarle...
- MOZO. Ya no puede ser, señora.
- CLARA. Cuento usted con veinte y cinco luises si me le trae.
- MOZO. (*Saltando de contento.*) Veinte y cinco luises, oh! (*Vase corriendo.*)

ESCENA XVIII.

CLARA.—EL SARGENTO.

- CLARA. Ahora, señor sargento, esté usted persuadido que yo no tengo ni el valor ni la intencion de escaparme; solo le pido á usted media hora para que se aseguren de si el capitán Francarville se ha marchado... en ese tiempo escribiré al señor alcalde, y espero... en fin, usted no se negará... no es mucho pedir, media hora...
- SARG. Consiento con satisfaccion; pero no puedo menos de poner un gendarme en cada puerta, mientras voy en persona á dar parte á las autoridades.
- CLARA. Sí, sí, ponga usted todo lo que quiera... con tal que me conceda esa media hora.
- SARG. (*Desde la puerta.*) Gendarme, vá usted á colocarse en esta puerta y á no dejar entrar y salir á nadie... Lo oye usted, gendarme... yo vuelvo dentro de media hora. Saludo al sexo. (*Llevándose la mano al tricornio.*)

ESCENA XIX.

CLARA.

Dios mio! qué aciaga aventura!... con tal que logren dar alcance á Mr. de Francarville... y cuando pienso que ha sido por apresurarme á ir en busca de ese indigno Ernesto... Todo esto que pasa se me figura una horrible pesadilla. (*Oyese el ruido del sable.*) Oh!... no, no... harto bien oigo desde aquí á mis centinelas. Qué haré! Dios mio! Qué haré! Me muero de vergüenza si tengo que... Oh! es cosa de desatinar... (*Llaman á la ventana.*) Me parece haber oido ruido... (*Llaman otra vez.*) Es en esta ventana... siento gente... (*Yendo á la ventana.*) Quién está ahí?

CONRAD. (*Desde dentro.*) Chiton!

CLARA. Es él! Ah! Dios le envia sin duda... (*Abre la ventana.*) Es usted, capitán?

CONRAD. Sí. (*Salta dentro y apaga las luces.*)

ESCENA XX.

CLARA.—CONRADO.

CLARA. Qué hace usted?

CONRAD. Apago las luces para que no nos descubran.

CLARA. Luego sabe usted lo que pasa?

CONRAD. Sí, sé que el sargento la ha tomado á usted por una gran delincuente.

CLARA. Dios eterno! Usted responderá de mí, no es verdad?

CONRAD. El caso es señora, que á mí nadie me conoce en Calais; no hay mas que un medio.

CLARA. Cuál, diga usted?

CONRAD. Huir.

CLARA. Jamás!

CONRAD. El carruaje está esperando en la esquina...

CLARA. Caballero...

CONRAD. Mire usted que no hay tiempo que perder... cúbrase usted con este chal y sígame usted... (*La echa un gran chal sobre los hombros.*)

CLARA. Oh! no, no.

CONRAD. Es el único recurso.

CLARA. No tengo valor.

CONRAD. Yo bajaré primero...

CLARA. Primero!... No, no... prefiero bajar delante... (*Vá á la ventana y da un grito viendo á Pacífico.*)

ESCENA XXI.

Dichos.—EL SARGENTO *de pié sobre la escala.*

SARG. Alto ahí! Hola! hola!... Déense todos á prision. No estaba mal concertado el plan... afortunadamente el sargento Pacífico es un viejo marrullero... (*Baja de la ventana.*) Hola! Mozo! Vengan luces!

CLARA. (*Ocultándose en los brazos de Conrado.*) Dios mio! Dios mio!

ESCENA XXII.

Dichos.—EL MOZO *con luces.*

MOZO. Calla! calla!

CLARA. Qué vamos á hacer?

CONRAD. Ya se vé!... Si usted quisiera, ahí tengo yo mi pasaporte...

CLARA. Su pasaporte!

CONRAD. Ya dije á usted, que pensaba haberme casado así que llegase á Nueva-Orleans.

CLARA. Sí señor.

CONRAD. Tenia tal seguridad de volver con mi mujer... que... vea... usted... (*La presenta el pasaporte abierto.*) Mr. Francarville... y su esposa...

CLARA. (*Rechazando el pasaporte.*) Oh! Quite usted...

CONRAD. Señora, yo soy naturalmente afable y cariñoso con el bello sexo, y siento por lo tanto en el

- alma tener... (*Dirigiéndose al foro.*) Gendarmes. (*Aparecen dos gendarmes á la puerta.*)
- CLARA. (*Bajo á Conrado y de pronto.*) Traiga usted, traiga usted, una vez que es preciso! (*Toma el pasaporte y se lo presenta al sargento.*)
- SARG. Qué es esto?
- CLARA. Lea usted.
- SARG. (*Leyendo.*) »Concedo libre y seguro pasaporte »al Baron Conrado de Francarville y á su mujer...» (*Mirando á Francarville que se ha alejado un poco.*) Pues qué! Comandante... esta señora es la esposa de usted?
- CONRAD. (*De cuyo brazo ha ido á cogerse Clara, despues de vacilar un momento.*) Ya lo vé usted...
- SARG. Y hace poco, no ha querido usted responder de ella!
- CONRAD. (*Llevándose el sargento aparte.*) Señor sargento, se atreveria usted á responder de la suya?
- SARG. Por Dios que no.
- MOZO. Yo lo creo.
- CLARA. Cómo, señor mio, no ha querido responder por mí!
- CONRAD. Perdone usted, señora, no tenia otro medio de detenerla á usted... será mi postrera culpa... pero repare usted que ya he redimido la primera... (*Señalando el chal.*)
- CLARA. (*Mirándole.*) Ah! Cierto, este es mi chal.
- CONRAD. En cuanto á mis demas delitos...
- CLARA. Creo que el mejor medio de vengarme y de castigarle á usted por ellos será...
- CONRAD. Cuál?
- CLARA. Quedarme con este pasaporte.

FIN.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 18 de Octubre de 1852.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Diaz.

DE

MODISMO

(FRASES Y METAFORAS)

PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA

COLECCIONADO Y EXPLICADO

POR

RAMÓN CABALLER

CON UN PRÓLOGO

DE

DON EDUARDO BENOT

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

Este Diccionario consta de más de 60.000 acepciones

Cuaderno **14**—Precio: **2** reales
(Contiene los pliegos 40 á 42)

ADMINISTRACIÓN

LIBRERÍA DE ANTONINO ROMERO

calle de Preciados, número 23

—
MADRID

